

A TRAVÉS DEL ESPEJO

MIEDO

KEVIN
BROOKS



MIEDO

DEL ESPEJO SÁVATA A TRAVÉS

Primera edición en inglés, 2016
Primera edición en español, 2018

Brooks, Kevin

Miedo / Kevin Brooks ; trad. de Ix-Nic Iruegas Peón. —
México : FCE, 2018

183 p. ; 23 × 14 cm — (Colec. A Través del Espejo)

Título original: *Born Scared*

ISBN 978-607-16-5567-7

1. Literatura Juvenil 2. Literatura Infantil I. Iruegas
Peón, Ix-Nic, tr. II. Ser. III. t.

LC PZ7

Dewey 808.068 B263m

Distribución mundial en español

© 2016, Kevin Brooks

El autor ha afirmado sus derechos morales.

Publicado originalmente en inglés en 2016

por Egmont UK Limited, The Yellow Building,

1 Nicholas Road, London, W11 4AN.

Título original: *Born Scared*

D. R. © 2018, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: librospaninos@fondodeculturaeconomica.com

Tel.: (55)5449-1871

Colección dirigida por Socorro Venegas

Edición: Susana Figueroa León

Diseño: Miguel Venegas Geffroy

Diseño del forro: León Muñoz Santini

Traducción: Ix-Nic Iruegas Peón

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin la anuencia por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN 978-607-16-5567-7

Impreso en México • *Printed in Mexico*

MIEDO

KEVIN
BROOKS



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

ÍNDICE

Nochebuena	11
Menos que nada	12
Baratos y feos	16
Tantas otras cosas	17
Botones de oro sólido	19
Grandes dientes de mico	21
El globo de nieve	24
Una pesadilla color rojo sangre	29
Al menos un millón	35
Una línea negra	37
Todos mis días y todas mis noches	41
La madre	45
Moloxetina	47
Hagamos esto de una vez	50

El rugido de la bestia	51
Una, dos, tres	57
Kaylee	59
El repiqueteo solitario	62
482 metros	69
Blanco de susto	73
La Puerta	75
Un mundo de esqueletos de color gris	78
Pedazos de hueso y cosas húmedas que chasquean	82
El lobo salvaje	90
La cueva de nieve	93
Un ave del paraíso fluorescente	97
El conejillo de Indias	102
Treinta y cinco cabezas (y setenta ojos malvados)	104
El chico raro de la casa grande	110
Todo es un monstruo	112
Media pierna humana	115
Luces del fin del mundo	125
Un oscuro remolino	128
El montañés	131
Un alma perdida	135
Peste a psicópata	137
Una cosa de helado silencio	140
Enormes árboles negros	142
¿Sabrán que es Navidad?	144
El pincho de mi cabeza	148

Tres cosas	153
Sólo muerto	160
Un niño inocente	164
Viajando en las estrellas	169
Carne, huesos y acero helado	175
Miedo	179

NOCHEBUENA

He conseguido llegar hasta el pasillo. Abrigo, sombrero, botas, guantes...

Un sudor frío me recorre la espalda.

Son las tres de la tarde. Es Nochebuena.

La tormenta de nieve ha empeorado.

El corazón me late con fuerza, tiemblo, me estremezco. Tengo náuseas. Cada célula de mi cuerpo me grita que dé la vuelta y regrese corriendo.

Pero no puedo moverme.

No puedo avanzar hacia ningún lugar.

No puedo regresar.

No puedo salir.

No puedo hacerlo.

Es imposible.

No puedo salir.

Estoy aterrado.

MENOS QUE NADA

Mis pastillas para el miedo son amarillas, que es un color que no me queda mal.

El rojo es sangre (y Santa Claus), el negro es muerte, el azul es el mar que ahoga...

El amarillo es queso y plátanos.

Y pastillas.

No sé por qué las llamo pastillas para el miedo. En realidad, son pastillas contra el miedo.

Le tengo un miedo crónico a casi todo.

A veces creo recordar haber sentido miedo cuando estaba en el vientre de mi madre. No es mucho más que una sensación lejana, y no tengo idea de qué podía haberme dado miedo ahí dentro, ni cómo, en aquel estado sin terminar, pude haberlo percibido.

A menos que...

A menos.

Quizá sea más exacto decir que a veces creo recordar haber sentido miedo cuando *estábamos* en el vientre de *nuestra* madre. Éramos dos ahí dentro: yo y mi hermana, Ellamay. Éramos gemelos y en mi corazón sé que mis temores embrionarios, si eso es lo que eran, pertenecían tanto a Ellamay como a mí mismo.

Ambos teníamos miedo.

Juntos.

Éramos uno mismo.

Y todavía lo somos.

Y quizá ya sabíamos lo que se avecinaba. Quizá teníamos miedo porque sabíamos que uno de nosotros estaba muriendo...

No, no creo que haya sido eso.

Me parece que nadie sabe lo que es la muerte hasta que alguien nos lo explica. Y lo más raro es que, aunque en la vida de todos nosotros hay un momento crucial en el que por primera vez nos damos cuenta de que todo lo vivo debe morir y que en algún momento del futuro nuestra propia vida llegará a su final, sin duda yo no recuerdo cuándo lo supe y me sorprendería mucho saber que existe alguien que lo recuerde claramente.

Lo cual es bastante extraño, ¿no?

Lo que *sí* recuerdo es el efecto que aquel momento tuvo en mí.

No sé cuántos años tendría por entonces, ¿cuatro?, ¿cinco?, ¿seis?, pero recuerdo claramente estar acostado en mi cama con la cabeza debajo de las cobijas tratando de imaginar la muerte. La ausencia total de todo. Sin vida, sin oscuridad ni luz, sin nada que ver, nada que sentir, nada por saber, sin tiempo, sin lugar ni hora, sin nada, para siempre...

Era aterrador.

Y lo sigue siendo.

... horas ahí acostado viendo la oscuridad, buscando un vacío inimaginable, pero lo único que veo es una vasta franja de oscuridad absoluta que se extiende hasta el espacio miles de millones de kilómetros, y aun así sé que no es suficiente. Sé que cuando muera no habrá nebulosa ni miles de millones de kilómetros, ni siquiera estaré en la nada, todo será menos que nada...

Y ese pensamiento me llena los ojos de lágrimas.

Pero a veces...

A veces.

A veces siento que ese recuerdo no me pertenece, que es algo que le ocurrió a alguien más. O quizá lo leí en algún libro, en algún cuento sobre un chico con problemas que se acuesta en su cama por las noches para imaginar la muerte, y yo me identifiqué con esa historia de tal forma que gradualmente me convencí de que aquel chico con problemas era *yo* y que lo que imaginaba era algo mío.

Aunque, la verdad, supongo que no importa gran cosa.
Un recuerdo es un recuerdo, sin importar de dónde venga.

Ahora estoy agazapado sobre el suelo del pasillo, estoy sentado con los ojos cerrados y la espalda contra la pared. Intento hacer que mi respiración sea pausada, intento calmar mi corazón que late con fuerza, intento vaciar la mente.

Tras un momento Ellamay llega a mí y su voz silenciosa me reconforta como siempre.

Está bien, Elliot. Todo va a estar bien.

—Tengo miedo.

Lo sé. Pero no estarás solo. Yo estaré contigo todo el tiempo.

—No creo poder hacerlo.

Sí, sí puedes.

—Es demasiado.

Tienes que hacerlo, Elliot.

—Lo sé.

Tienes que hacerlo por mamá.

—Lo sé.

Por nosotros.

Al nacer prematuros a las veintiséis semanas de gestación, yo pesaba poco menos de medio kilo y Ellamay era más pequeña todavía. Fue un nacimiento traumático y, al principio, los médicos no estaban seguros de que podríamos sobrevivir. Mamá perdió mucha sangre y estaba realmente muy mal, y mientras a ella le hacían una operación de emergencia, a Ellamay y a mí nos llevaron a la unidad neonatal de cuidados intensivos en la que nos metieron a una incubadora y nos conectaron a todo tipo de máquinas para mantenernos con vida.

A Ellamay no le sirvió de nada.

Sólo vivió una hora.

Yo casi muero con ella.

Nuestros corazones dejaron de latir literalmente al mismo tiempo. Y aunque de alguna forma los médicos consiguieron salvarme a mí, no pudieron hacer nada por revivir a Ellamay.

Parte de mí murió con ella y parte de ella sobrevivió en mí.

Estamos muertos y vivos juntos.

La primera vez que sentí miedo en el mundo exterior, en contraste con el mundo interior que era el vientre de mi madre, fue la primera vez que desperté en la incubadora tras la muerte de Ellamay. Ese momento es tan parte de mí como todas las otras cosas que me convierten en quien soy: mi corazón, mi cerebro, mi carne, mi sangre.

Yo estaba acostado, bocarriba, con los ojos abiertos, mirando a través del domo de plástico de la incubadora el cielo blanco que era el techo. A mi alrededor había sonidos apagados: pitidos suaves, voces silenciosas, un ligero zumbido, y aunque no sabía qué eran aquellos sonidos, no me daban miedo. Eran los sonidos de mi mundo, tan normales como el sonido de mi propia respiración entrecortada.

Todo cambió repentinamente.

El cielo blanco se oscureció y de la nada aparecieron tres cosas desconocidas que me miraban desde arriba. No sabía lo que eran; se movían, eran amenazadoras, eran cosas que emitían sonidos incoherentes: ué eo... oe eé... too eo ble... e ie ué too...

Eran monstruos.

Uno de ellos se movió y se acercó a mí por encima del domo de la incubadora, se hacía más y más grande cada vez... y fue entonces que el miedo hizo erupción en mi interior. Era incontrolable, sobrecogedor, absoluto.

Terror puro.

Eso era.

Las tres cosas desconocidas de aquel día eran mi mamá, su hermana mayor: Shirley, y el doctor Gibson, y lo gracioso (o peculiar) es que, si bien ellos fueron los primeros en asustarme de muerte, desde entonces se han convertido en las tres únicas personas a las que *no* les tengo miedo.

Para mí son las únicas personas reales en el mundo entero.

Todos los demás son mincos.

BARATOS Y FEOS

Los dos hombres en la Land Rover robada estaban vestidos de Santa Claus. Los disfraces de Santa fueron una decisión de último minuto y, como era Nochebuena, en casi ninguna tienda de disfraces o ropas elegantes quedaban trajes de Papá Noel. La única tienda que todavía tenía algunos era la Pound Crusher en la plaza comercial de Catterick, y sólo quedaban algunos porque eran tan baratos y feos que ni el mismísimo Scrooge habría querido comprar uno. El nailon rojo del que estaban hechos era tan delgado que era casi transparente, y los ribetes blancos de los gorros y las chaquetas estaban pegados, no cosidos. Había varias zonas del ribete que ya se estaban despegando y los hilachos blancos se pegaban, por la estática, al nailon rojo como si fueran caspa. Los dos disfraces eran talla extra-extra-grande, la única talla que había disponible en la tienda, y ya que ninguno de los dos hombres estaba cerca siquiera de ser extra-extra-grande, tuvieron que hacerles algunos ajustes de último minuto. Hicieron agujeros adicionales en los cinturones, enrollaron las mangas y las perneras de los pantalones, y consiguieron que los gorros de Santa les quedaran bien gracias a las gorras de lana gruesa que se pusieron debajo. El disfraz no incluía botas de Santa Claus, así que los dos hombres llevaban tenis.

TANTAS OTRAS COSAS

Para mamá lo peor fueron los dos primeros años de mi vida cuando yo lo único que hacía era gritar y llorar casi constantemente. La gente le decía que no se preocupara: es perfectamente normal que los bebés lloren todo el tiempo, pero ella sabía que esto era distinto. Yo no lloraba como un bebé normal, yo berreaba y me desgañitaba, temblaba y le tenía miedo a todo.

—Esto no es normal, ¿o sí? —le preguntó mi madre al doctor Gibson—. Algo anda terriblemente mal.

El Doc me miró, yo estaba acunado entre los brazos de mi madre, y se volteó de espaldas a ella.

—No sé qué pueda ser, Grace. De verdad que no. Los únicos datos irregulares que se han detectado en las revisiones de rutina son un ritmo cardiaco más rápido de lo normal y presión alta, pero si tomamos en cuenta el trauma que sufrió durante el nacimiento, es perfectamente comprensible que sienta un miedo instintivo al ambiente del hospital.

—Pero también se le acelera el corazón y le sube la presión cuando lo revisas tú —señaló mi madre.

—No tanto como cuando está en el hospital. Y, de nuevo: es natural que me tenga miedo cuando sabe que lo voy a picotear y a inyectar.

—No —dijo mi madre firmemente, negando con la cabeza—. Es algo más. Podría entenderlo si sólo se alterara cuando lo examinan, pero hay tantas otras cosas que lo asustan: los desconocidos, los sonidos extraños, los autos, los pájaros, los perros,

la lluvia, el viento, la oscuridad... La oscuridad lo aterra, Owen. Es decir, no sólo le da miedo, eso podría entenderlo, lo *paraliza*. No ha dormido una sola vez sin la luz encendida.

El Doc frunció el ceño y se rascó la cabeza.

—Bueno, pues físicamente no parece tener ningún problema. Como te dije, todas las revisiones del hospital arrojan buenos resultados, y sabes que le he hecho pruebas de todo lo que se me ha ocurrido: corazón, hígado, sangre, alergias, infecciones, y no he encontrado nada fuera de lo normal —hizo una pausa y dudó por un momento al tiempo que me miraba—. Lo único que se me ocurre en este momento es que la causa subyacente de su agitación puede no ser física.

—¿Qué quieres decir?

—Los síntomas de los que hemos hablado, el ritmo cardíaco acelerado y la presión alta, son indicadores clásicos de miedo y ansiedad, y aunque pienso que es relativamente normal que Elliot sienta un miedo instintivo al hospital y, en menor medida, a mí, es posible que sus problemas tengan un origen psicológico más que físico.

Mi madre empalideció visiblemente.

—No es nada inusual, Grace —dijo el Doc y colocó una mano tranquilizadora sobre el brazo de mi madre—. Los niños pequeños tienen todo tipo de problemas extraños y a veces sencillamente no sabemos qué es lo que les ocurre y, claro, ellos no pueden decirnos nada hasta que aprenden a hablar. Pero en todos mis años de experiencia, cuando ya saben hablar, la gran mayoría ya ha dejado atrás esos problemas.

—¿La gran mayoría? —preguntó mi madre enarcando una ceja.

—Elliot estará bien, Grace —dijo el Doc suavemente—. Confía en mí, todo estará bien.

Pero no todo estaba bien. Yo no dejé atrás mi problema. Y para cuando pude hablar lo suficiente para expresar mis sensaciones, no hubo duda alguna de que algo en mí andaba mal.

—Tengo miedo, mami.

—¿De qué tienes miedo, mi amor?

—De todo.

BOTONES DE ORO SÓLIDO

El Santa en el asiento del pasajero de la Land Rover robada se quitó la barba blanca deshilachada y maldijo al tiempo que se rasaba el mentón sin afeitar.

—Esto me está matando —dijo tirando molesto de la barba del disfraz—. Parece que está hecha de asbesto o algo así.

—Póntela —dijo el Santa conductor.

—No entiendo por qué tengo que...

—Póntela.

La voz del conductor era tranquila y mesurada, pero tenía un dejo escalofriante que su compañero sabía que no debía ignorar. Había visto de primera mano lo que su compañero era capaz de hacer a quienes no lo tomaban en serio, y aunque de cierta forma eran compañeros, sabía que eso no haría ninguna diferencia. Compañeros o no, si el hombre sentado a su lado quería lastimarlo, no lo pensaría dos veces.

—Yo sólo decía —murmuró subiendo el resorte de la barba para acomodársela de nuevo sobre la cara.

—Pues no digas, ¿de acuerdo?

El Santa en el asiento del pasajero se encogió de hombros malhumorado y se quedó mirando por la ventanilla.

Eran las 11:42 am.

Tomaron el camino trasero hacia el pueblo, a través de los páramos; el Santa en el asiento del pasajero conocía esta zona como la palma de su mano. Solía venir aquí con sus amigos

cuando era niño y juntos ignoraban felizmente las advertencias en las que se leía “¡PROHIBIDA LA ENTRADA! CAMPO DE TIRO MILITAR”, y entraban a buscar cualquier cosa que el ejército pudiera haber dejado atrás después de las maniobras de la noche anterior: casquillos percutidos, bengalas de emergencia, incluso municiones reales si tenían suerte. Sabía bien que en los días despejados se alcanzaban a ver kilómetros de paisaje hasta las lejanas colinas de Hambleton, pero hoy caía una nevada tan espesa que la visibilidad era nula. El crudo viento del páramo soplaba con tal ferocidad que las capas de nieve flotaban horizontalmente a través del desolado paisaje, y era claro que el auto luchaba por avanzar en línea recta.

Al recargar la cabeza sobre el vidrio helado de la ventanilla se preguntó de nuevo qué estaban haciendo ahí. *¿Por qué te metes en estas cosas?*, se cuestionó. *O sea, ¿qué te pasa? ¿Por qué te cuesta tanto trabajo decir que no?*

Su nombre era Leonard Dacre. Casi todos lo llamaban Dake.

El nombre del conductor era Carl Jenner.

—Cuando terminemos con esto —dijo Jenner rompiendo el silencio— podrás comprarte el disfraz de Santa Claus más caro del mundo —se volvió a mirar a Dake—. Con botones de oro sólido, pantalones de seda y un cinturón de piel de cocodrilo...

—La barba será de piel de oso polar...

—Sí.

Los dos hombres sonrieron y la Land Rover avanzó entre la nieve.